

# *El corso y el cautiverio en tiempos de Cervantes*

MAXIMILIANO BARRIO GOZALO  
*Universidad de Valladolid*

## **Resumen**

Dentro del contexto de la guerra corsaria que practican los musulmanes y los cristianos en el Mediterráneo, el presente estudio se centra en el corso berberisco, sobre todo el argelino, y en su consecuencia más importante: la captura de muchos españoles que pasan a engrosar el número de los cautivos cristianos en Argel, su forma de vida y posibilidades de liberación.

## **Summary. Abstract**

Within the context of the privateering war that practices the Muslims and the Christians in the Mediterranean Sea, the present study is centered in the berberisco privateering, mainly the Algerian, and the in its more important consequence: the capture of many Spaniards who happen to thicken the number of the Christians captives in Algiers, their form of life and possibilities of liberation.

En la literatura del Siglo de Oro y en la historiografía posterior se habla indistintamente de corsarios y piratas, utilizando los dos términos como si fueran sinónimos. El uso indiferenciado de ambos términos podría dejarse correr si ello no implicase una confusión conceptual. La diferencia no radica en la actividad que desarrollan, sino en la posición jurídica. Los unos y los otros asaltan y capturan embarcaciones con su carga de personas y mercancías, e incluso llevan a cabo desembarcos y se apoderan de todo lo que encuentran en la zona costera, pero los corsarios actúan con la autorización de un Estado o soberano que establece las condiciones y normas a observar, de tal manera que, en virtud de la *patente de corso* concedida por el Estado bajo cuyo pabellón navegan, persiguen, capturan o visitan barcos mercantes de países enemigos, quedándose con las presa capturadas o con parte de ellas, y sujetándose a las reglas prescritas en las ordenanzas de corso. Esto supone que tienen que rendir cuentas de sus acciones, entregar parte del botín en concepto de quinto real y respetar los pabellones de las embarcaciones de países aliados, aunque el derecho de visita les permite secuestrar las mercancías y apresar a los pasajeros que transporta el navío, dejando en libertad la nave. El pirata, en cambio, no reconoce a ninguna autoridad por encima de su propia voluntad, por lo que no respeta ni fe ni ley y ataca indistintamente a amigos y extraños, sin hacer más distinción que la que le conviene para asegurar la impunidad de sus fechorías. Pues,

como dice Espronceda por boca del pirata: “Mi barco es mi tesoro, mi dios la libertad; mi ley, la fuerza y el viento; mi única patria, el mar”<sup>1</sup>.

Otra característica que ha prevalecido en la visión europea de la piratería mediterránea hasta hace unos años ha sido el creer que los protagonistas de esta actividad ilícita y condenable habían sido sólo los musulmanes y, en concreto, los berberiscos de los estados magrebíes. Los historiadores han corregido esta perspectiva, pero el gran público y algunos eruditos permanecen aferrados a la idea de los innumerables latrocinios berberiscos, de cuya actividad ha derivado la milenaria vejación sufrida por la población de la costa mediterránea.

Frente a ésta y otras acusaciones contra los magrebíes, constantemente repetidas en forma cada vez más estereotipada, la memoria colectiva europea, acompañada de la historiografía, olvidó cuán antiguas y enraizadas estaban la piratería y el corso en la milenaria historia del Mediterráneo. Además, a los piratas infieles, animados de la codicia de las capturas y del fanatismo religioso contra los cristianos, se contraponía el heroísmo de los caballeros del Malta y de los corsarios españoles e italianos que defendían heroicamente el mundo cristiano de la barbarie islámica.

En cuanto a la consecuencia más importante de la guerra corsaria, la esclavitud, se recordaba y lamentaba la suerte de los desventurados cristianos en manos de los musulmanes, mientras que se olvidaba completamente o se admitía con reticencia y limitaba lo más posible la contemporánea esclavitud de los musulmanes en los países cristianos, especialmente en España e Italia<sup>2</sup>.

Aunque algún autor de la primera mitad del siglo XX ya hace mención a la guerra corsaria como un fenómeno de ambas orillas del Mediterráneo, sólo con la obra de Braudell el fenómeno del corso y de la piratería mediterráneas reciben el pleno reconocimiento como uno de los componentes de primera importancia en la historia del *mare nostrum* en los siglos modernos<sup>3</sup>. Una interpretación más equilibrada de los estados berberiscos y de sus relaciones con Europa ofrece Fisher, al denunciar la “creación de un leyenda destinada a satisfacer los prejuicios raciales, el nacionalismo y el imperialismo característico de finales del siglo XIX”. Por primera vez se sugiere una reinterpretación del rol de la guerra corsaria en la vida económico-social de las regencias berberiscas, especialmente en el seiscientos<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> “La canción del pirata”, en *Poesías y El estudiante de Salamanca*, I, Madrid, Espasa-Calpe, 1952, p. 77.

<sup>2</sup> BONO, S., *Schiavi musulmani nell'Italia Moderna*, Napoli 1999, al referirse a los esclavos musulmanes en Italia habla de una historia olvidada, al igual que había hecho antes BARRIO GOZALO, M., “La esclavitud en el Mediterráneo Occidental en el siglo XVIII. Los esclavos del rey en España”, *Critica Storica*, 17 (Roma, 1980), pp. 199-256.

<sup>3</sup> BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México 1953, vol. II, pp. 98-122.

<sup>4</sup> FISHER, C., *Barbary Legend. War and Piracy in North Africa (1415-1830)*, Oxford 1957, estudia de forma específica las relaciones anglo berberiscas, en particular con Argel.

Desde los años sesenta del siglo XX se observa un interés historiográfico creciente por el corso mediterráneo y sus consecuencias, aportando nuevos puntos de vista y métodos más rigurosos, comparando la actividad corsaria musulmana y la cristiana<sup>5</sup> o analizando el corso berberisco en clave económico-social<sup>6</sup>. Otros estudiosos, por el contrario, aunque suministran nuevas y útiles informaciones, continúan aferrados a la perspectiva parcial de mediados del siglo anterior que contraponía el mundo musulmán al mundo cristiano. En esta perspectiva los musulmanes son presentados como los responsables de la presencia corsaria en las aguas mediterráneas y son acusados de aquella barbarie y crueldad; en cambio los cristianos aparecen como víctimas, obligadas a defenderse, aunque sea con acciones preventivas. En esta posición ha permanecido gran parte de la historiografía académica o divulgativa concerniente a los corsarios cristianos y, de forma especial, a la Orden de Malta.

Sería interesante examinar el punto de vista de la historiografía magrebí sobre el fenómeno del corso y las acusaciones que la historiografía europea ha repetido hasta hace no mucho tiempo, presentando a los magrebíes como piratas, dedicados al robo y al saqueo, capaces de reducir a la esclavitud a millares de personas. La mayoría de ellos han reaccionado ignorando la importancia de la actividad corsaria y atribuyéndola a elementos extraños al Magreb: los europeos islamizados o renegados, en vez de reivindicar la legitimidad y legalidad del corso<sup>7</sup>. Otros hablan del corso como piratería y la presentan como un degeneración de la *gihàd* o guerra santa<sup>8</sup>.

Por último hay que recordar que en las últimas décadas las investigaciones sobre el corso se han multiplicado y han aparecido una serie de estudios de carácter regional o nacional. Pero a la vez que se observa un desarrollo de la historiografía sobre el tema específico del corso, se presta cada vez más atención a los problemas que van unidos a la guerra corsaria, como las defensas costeras, la esclavitud, el rescate de los esclavos, etc., fenómenos que habría que estudiar desde ambos lados, el cristiano y el musulmán.

Las páginas que siguen, sin embargo, se centran en el estudio del corso berberisco, sobre todo el argelino, y del cautiverio en la época de Cervantes, pues los cinco años de cautiverio que padeció en Argel se injertaron de tal modo en los vein-

---

<sup>5</sup> EARLE, P., *Corsairs of Malta and Barbary*, London 1970.

<sup>6</sup> MANCA, C., *Il modello di sviluppo economico delle città marittime barbaresche dopo Lepanto*, Napoli 1982.

<sup>7</sup> LAROUÏ, A., *Histoire du Magreb*, Paris 1970, pp. 236-237, afirma que el corso “est le fait de renégats qui en font un simple métier: les agrès même viennent de l'étranger, et la liquidation de prises se fait au bénéfice durtoud d'intermédiaires eux-mêmes étrangers (...). Toute cette histoire peut être considérée comme d'intérêt purament local, et sans influence à longue échéance”.

<sup>8</sup> ABUN-NARSER, J., *A History of the Maghrib in the Islamic Period*, Cambridge 1987, p. 157.

tisiete que por entonces tenía, que los sucesivos mudaron y sazonaron sus mejores frutos con soles de Berbería y medias lunas musulmanas.

## 1. El corso berberisco

El corso y la piratería son actividades endémicas del Mediterráneo que en el siglo XVI adquieren gran protagonismo por los cambios geopolíticos que se producen en ambos lados del *mare nostrum*. Por un lado, el imperio otomano, al apoderarse de Siria y Egipto, extiende su autoridad a los potentados norteafricanos; y por otro, la monarquía española, una vez que conquista el reino musulmán de Granada, trata de apoderarse de los núcleos corsarios del Magreb. Pero cuando parecía que se había conseguido eliminar el corso en la parte occidental mediterránea, aparecen las embarcaciones de los renegados que se hacen vasallos de los turcos y, con su ayuda, se apoderan de nuevo de Argel y Túnez.

El asentamiento en el Magreb de los nuevos señores que dan vida a las regencias berberiscas de Argel, Túnez y Trípoli, dependientes del imperio otomano, acentúa la rivalidad entre las dos mayores potencias mediterráneas, una rivalidad no sólo militar sino también religiosa y cultural. Pero no se debe olvidar que los berberiscos, aunque reconocen al Gran Señor por supremo emperador musulmán, internamente se consideran casi autónomos del imperio otomano, de tal manera que después de la batalla de Lepanto (1571) se van alejando gradualmente de la madre patria hasta hacerse de hecho independientes y representar un verdadero peligro para los cristianos en el Mediterráneo por el incremento del corso.

La lejanía de Estambul y las especiales condiciones socio-políticas que lleva consigo el corso da lugar a que en las ciudades o regencias berberiscas se desarrolle un sistema político peculiar. Proceso que se ve favorecido por el inicio de la decadencia del imperio otomano después de la muerte de Solimán el Magnífico. La estructura política inicial de Argel es la de una ciudad de frontera del imperio, y está constituida por un gobernador elegido por Estambul, que es ayudado por la asamblea militar integrada por los jenízaros y asesorada en asuntos de gobierno y de guerra por un consejo o diván. El cuerpo de los jenízaros estaba separado del resto de la población por su situación jurídica y por su lugar de habitación, pues vivían en cuarteles sin posibilidad de casarse mientras durase su condición de soldados. Sin embargo la forma de vida de la ciudad argelina trastoca esta organización por la importancia que adquieren los corsarios. Los capitanes de las embarcaciones corsarias o, mejor dicho, la *taifa de los rais*, integrada por los *arráeces* o capitanes de las embarcaciones, los dueños de las mismas, los marineros y pilotos, los carpinteros de ribera y calafates, reclaman un puesto en el gobierno. A su vez, los jenízaros quieren tener parte en los beneficios que reporta el corso y se integran en los contingentes armados de las embarcaciones corsarias. Los intereses de ambos propicia una independencia cada vez mayor de Estambul. La evolución de Túnez y Trípoli,

otros grandes centros corsarios mediterráneos, siguen una línea diferente por la importancia que adquiere la actividad industrial y agrícola<sup>9</sup>.

Con el establecimiento y consolidación de las ciudades corsarias en el norte de África se crea una situación geopolítica nueva y el corso se profesionaliza y potencia, y gracias a los avances técnicos que se producen en la construcción naval y en los sistemas de navegación, se incrementan las capturas. También contribuye a su desarrollo el aumento del tráfico comercial y la subsistencia de sistemas de producción que precisan abundante mano de obra barata, así como las embarcaciones de la familia de las galeras, que son movidas por los brazos de los cautivos.

Después de la batalla de Lepanto se pone fin a la gran guerra entre la cristiandad y el islam por su excesivo coste y eficacia limitada, y se generaliza la pequeña guerra corsaria como degeneración de la guerra marítima. Los corsarios berberiscos se convierten en los protagonistas del Mediterráneo, y en las últimas décadas del XVI y en la primera mitad del XVII el corso vive su época de máximo esplendor. Pero a medida que las acciones corsarias van en aumento, también se mejoran los medios para impedirlo y los corsarios encuentran cada vez más dificultades para realizar su cometido. El corso crea un sistema económico en el que se logran grandes beneficios, pero los costes son cada vez más altos porque las embarcaciones tienen que hacerse más grandes o navegar en escuadras para que sus ataques sean fructíferos. Por otra parte, los corsarios berberiscos sufren los ataques de los cristianos y de las escuadras de vigilancia fletadas por las autoridades locales y estatales, y las costas se llenan de puestos de vigilancia para controlar los desembarcos y la amenaza de las naves corsarias, reforzando las guarniciones para defenderse o contraatacar cuando se acercan a la costa. La defensa de la costa la realizan las autoridades locales, aunque propiciadas por el monarca, por medio de la construcción de torres de vigilancia por todo el litoral, que por medio de hombres a caballo o encendiendo hogueras anuncian a las poblaciones cercanas la presencia de velas enemigas para que se escondan en las fortalezas o huyan al interior<sup>10</sup>.

A medida que el Mediterráneo deja de protagonizar la gran historia y se convierte en una zona periférica, los corsarios se ven obligados a salir al gran mar para obtener mayores beneficios. El mundo atlántico continúa su proceso ascendente, tanto política como económicamente, y es lógico que los corsarios berberiscos amplíen su radio de acción para capturar más presas y que nazcan nuevos centros dedicados a la actividad corsaria en el Atlántico, como es el caso de Salé<sup>11</sup>. Pero para afrontar con éxito la ampliación del espacio de sus capturas tienen que llevar a cabo

---

<sup>9</sup> Sobre la organización de la regencia berberisca conviene consultar la citada obra de FISHER, G., *Barbary legend...*, Oxford 1957.

<sup>10</sup> La reacción de los españoles e italianos a las frecuentes ataques corsarios ha sido estudiada por Bono, S., *I corsari barbareschi*, Torino 1964; MAFRICI, M., *Mezzogiorno e pirateria nell'età moderna (secoli XVI-XVIII)*, Napoli 1995, etc.

<sup>11</sup> COINDREAU, R., *Les corsaires de Salé*, París 1948.

la modernización de sus embarcaciones, olvidándose de las grandes galeras y optando por los jabeques, galeotas, galeazas y fragatas, barcos más pequeños pero más rápidos y manejables. Además, la presencia de renegados y marinos del norte de Europa en las ciudades berberiscas ayuda a los corsarios a superar el reto de la navegación atlántica, y los argelinos y tunecinos pueden traspasar el estrecho de Gibraltar con todas garantías de éxito. Parece que fueron los holandeses quienes adiestraron a los berberiscos en el arte de navegar por el Atlántico en los primeros años del seiscientos, igual que unos años después ayudaron a los saletinos, pues no se debe olvidar que en su lucha por emanciparse de la monarquía hispánica buscaron la alianza del imperio turco y en 1612 se nombró el primer cónsul holandés en Estambul.

La internacionalización del corso que se produce en el seiscientos se refiere tanto a sus áreas de actuación como a sus integrantes. Cada vez son más los renegados ajenos al ámbito mediterráneo que participan en el corso berberisco y las potencias europeas no tienen inconveniente en utilizar los servicios de las repúblicas corsarias para luchar por la hegemonía. Pero esta complicidad de los enemigos de la monarquía hispánica con los corsarios a la larga se volverá contra ellos, cuando no respeten sus pabellones y ataquen sus embarcaciones, amenazando las vías de comercio con sus posesiones americanas y asiáticas. El corso tiene sus propias normas y no acepta pactos parciales con sus hipotéticas víctimas, como se pone de manifiesto cuando los argelinos comienzan a capturar embarcaciones francesas.

El corso crea un sistema económico que necesita de los cristianos. Las capturas se reconvierten en dinero por la venta de las mercancías y por el rescate de los cautivos, y la abundancia de dinero y mercancías que se acumula en las ciudades corsarias se convierte en un reclamo para los comerciantes europeos, pues los corsarios dependen de los aportes técnicos continentales, tanto náuticos como armamentísticos para seguir desempeñando sus acciones. El dinero de los rescates vuelve a recalar en Europa por medio de las transacciones de los mercaderes sin escrúpulos que violan la prohibición de comerciar con materias prohibidas con los musulmanes. Los objetos fabricados en Holanda, la pólvora y las armas de Inglaterra, los vidrios de Venecia, las velas, herrajes y las piezas de artillería de Francia, los paños, la lana y la pez de España encuentran un excelente mercado en el Magreb. Por otra parte, allí se pueden comprar a buen precio productos de primera necesidad, tales como granos, tintes, cera, azúcar, cueros y ganado, lo que también es un reclamo para los comerciantes, cuyos suculentos beneficios recompensan sobradamente los peligros que reportan estas relaciones, pues las ordenanzas de marina disponían que se examinasen los contratos de los fletes de las embarcaciones que reconocían, considerando buena presa los géneros de contrabando (cañones, fusiles, municiones, madera, lonas y otros pertrechos para fabricar embarcaciones, caballos, arneses y vestuario) que transportaban para el servicio de los enemigos de la corona<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> *Ordenanzas de Marina*, tratado 6, tít. 5, leyes 11 y 12.

Junto a la acumulación monetaria que las ciudades berberiscas obtienen con el corso, hay que recordar que los cautivos desempeñan un papel cada vez más decisivo en algunas actividades productivas, porque era una fuerza de trabajo barata y relativamente especializada que contribuía al progreso de estas sociedades, hasta el punto que en los momentos de máximo esplendor del corso las ciudades corsarias crean un sistema económico que depende en gran medida del trabajo y rentabilidad de los cautivos.

El desarrollo del corso y la ampliación de su radio de acción al Atlántico va a suponer una amenaza para el comercio, que cada día recibía más protección de los estados. En un primer momento Inglaterra, Francia y Holanda optan por proteger sus navíos mercantes con embarcaciones de guerra, pero este remedio, que no siempre asegura el éxito de la empresa, resulta muy costoso al incrementar el precio de los fletes y desviar una parte de las fuerzas marítimas a simples funciones de vigilancia. Por ello recurren a otros medios para neutralizar los ataques corsarios y proteger sus intereses comerciales. La expansión comercial es incompatible con la actividad de los corsarios magrebíes y en la segunda mitad del siglo XVII los países europeos están dispuestos a terminar con el peligro que representan para sus intereses. Los medios que aplica cada uno son diferentes, aunque todos contribuyen a limitar la actividad corsaria. Francia es la primera que pone en práctica este nuevo ideario bombardeando la ciudad de Argel varias veces entre 1661 y 1665. Inglaterra y Holanda hacen lo mismo con Salè. Pero estas medidas, aunque van minando las bases económicas del corso, no tienen un éxito inmediato y algunos países, junto a las medidas de presión, inician contactos con las repúblicas corsarias para defender sus intereses, llegando en algunos casos a nombrar cónsules o representantes y a firmar acuerdos para que se respeten los pabellones de sus embarcaciones, como hace Inglaterra con Argel en 1681.

Como consecuencia de este proceso, en el último tercio del siglo XVII se produce la decadencia del corso magrebí y sus acciones y capturas disminuyen considerablemente. Los sistemas de vigilancia costera y el mayor porte de los navíos mercantes y de guerra también contribuyen a dificultar las acciones corsarias. Además, los navíos comienzan a tener un valor en sí mismos, dado lo costoso que resulta construirlos, y los comerciantes y gobiernos no pueden permitir la pérdida frecuente de sus unidades. El Mediterráneo es cada vez menos un mundo de aventureros, aunque la guerra corsaria siga viva en sus aguas hasta finales del setecientos.

Por último, aunque las causas del corso son complejas, en la época que nos ocupa prevalece el factor económico, quedando relegados a un segundo plano los aspectos emocionales o religiosos. En 1576 el fraile mercedario Jorge del Olivar es acusado de proferir palabras ofensivas contra la religión musulmana y condenado a muerte, pero el gobierno argelino condona la pena a cambio de un crecido rescate en dinero, pues

nuestro caudal consiste en el rescate de los que cautivamos, con que cada día enriquecemos a tan pequeña costa nuestra, que con la que nos hacen cuatro galeotas podemos decir que esos mares son heredades y cortijos de nuestras posesiones; en ellos, sin congojas del azadón y del arado, logramos el inagotable fruto de sus golfos..., siendo lo más generoso de ello el comercio de los cautivos que vendemos<sup>13</sup>.

En suma, el corso es una actividad oficial perfectamente integrada en la actividad económica y en la legislación argelina. Más aún, vino a ser el eje de sus ideales colectivos en el que se integraron directamente los moriscos expulsos y sus descendientes, o al menos un gran número de ellos, mejorando sus técnicas y aportando su experiencia. Los andalusíes son marineros, pero también ricos comerciantes que se encargan de financiar las expediciones marítimas contra los cristianos y de vender los productos de estos ataques: cautivos, mercancías, navíos, etc. Los historiadores europeos insisten en la eficaz intervención de los andalusíes y la atribuyen a su odio por causa de la expulsión, pero hay que ver en ello más bien un conocimiento más directo de la situación geográfica y militar de España y el deseo de debilitar al enemigo de la fe islámica de forma eficaz. Por eso, no es de extrañar que en los barcos corsarios haya muchos andalusíes. Un corsario francés se apodera en 1621 de tres embarcaciones argelinas y cautiva a ochenta moros, muchos de ellos andalusíes, y a catorce renegados. El escritor argelino Al-Mádani afirma que el ensañamiento y afán de lucro de los ricos burgueses andalusíes de Argel no se debía tanto a odio hacia los cristianos cuanto a codicia de dinero, por el mucho provecho que sacaban del corso y del rescate de los cautivos. En realidad, el corso es sobre todo una lucrativa actividad de frontera marítima a lo largo del Mediterráneo, donde europeos y magrebíes buscan su provecho por encima de cualquier definición ideológica, aunque la tengan en cuenta<sup>14</sup>.

### ***1.1. La organización del corso***

No es fácil conocer el número de embarcaciones con que cuenta la flota corsaria de Argel, que es la más importante del norte de África. Al año siguiente de la liberación de Cervantes, en 1581, Diego de Haedo dice que está constituida por 35 galeras y galeotas (dos de veinticuatro bancos, diez de dieciocho, una diecinueve, dos de quince, una de veintitrés, once de veintidós y ocho de veinte) y 24 fragatas de ocho a trece bancos<sup>15</sup>. En 1634 su número supera las ochenta, entre navíos, galeras, fragatas, polacras, bergantines y otras unidades menores<sup>16</sup>.

---

<sup>13</sup> TÉLLEZ, G., (Tirso de Molina), *Historia General de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*, ed. crítica de M. Penedo, II, Madrid 1974, p. 66.

<sup>14</sup> AL.MADANI, A.T., *Guerra de trescientos años entre Argelia y España, 1492-1792*, Argel 1968.

<sup>15</sup> HAEDO, D. de, *Topographia e historia general de Argel*, Valladolid 1612, p. 50.

<sup>16</sup> DAN, P., *Histoire de Barbarie et de ses corsaires*, Paris 1649, pp. 298 y 308.

En los días de Cervantes la galera es el navío corsario por excelencia. Acomodadas igualmente para remos que para velas, ofrecen esta ventaja sobre los navíos llamados *redondos* (polacras, tartanas, saetías, barcas, etc.), que aún desconocen los berberiscos y que sólo pueden servirse de las velas. Con razón se llama a las galeras águilas y emperatrices del mar, por la independencia que de los vientos gozan, gracias a la máquina de sus remos. Tanto que al verlas Sancho, le parecen “verdaderas cosas encantadas, y no las que mi amo dice”<sup>17</sup>.

La galera de los corsarios berberiscos difiere ligeramente de la cristiana. Estas son de mayor tamaño y más sólidas, cada una tiene dos mástiles, un gran cañón de popa y tres o cuatro de tamaño medio a proa, veinticuatro o veinticinco bancos, un gran espalder y un buen castillo de proa. En cambio las de los corsarios son mucho más pequeñas. No tienen más que un árbol y un cañón de popa, carecen de espalder o, cuando más, tienen uno muy reducido, para que nada inútil impida la ligereza de sus movimientos. El castillo de proa, o no lo tienen o es desmontable. Y aunque lleven veinticuatro bancos, los disponen tan apretados que los galeotes con dificultad pueden jugar libremente los remos. Las construyen ligeras para mejor disponer de sus movimientos al atacar y al huir. Y en esto precisamente basan la eficacia de su acción frente a las galeras cristianas, siempre grandes y poderosamente armadas.

En la ligereza de sus carreras, cuando son perseguidas o embarazadas por el viento, las galeras de los corsarios pueden desprenderse con facilidad de la cámara de proa, donde viven como acuartelados unos doscientos soldados, armados de mosquetes, cimitarras y arcos. Pues como dice Cervantes, “el ladrón que va a hurtar, para no dar en el lazo, ha de ir sin embarazo para huir, para alcanzar”; es decir, los corsarios berberiscos juegan su suerte y libertad a la velocidad y a la sorpresa, arman a la ligera sus embarcaciones como aquellos que quieren robar y escapar rápidamente, “listos y vivos como el fuego; y en dándonos caza, luego pico al viento y ropa fuera”. En cambio, a las galeras cristianas el peso las embaraza, porque de ordinario van tan llenas de mercancías “que tienen falta de pies y no les sobran las manos, de forma que si navegasen dos días un pontón no tomarán”<sup>18</sup>.

Cervantes alude también al necio orgullo de los tripulantes españoles, que no quieren mancillar su horra echando mano de un remo en los momentos críticos de la captura, de forma que por ser esclavos de su honra se entregan esclavos de los corsarios, “pues allá tiene la honra el cristiano en tal extremo que asir en un trance el remo le parece que es deshonor; y mientras ellos allá en sus trece están honrados, nosotros de ellos cargados, venimos sin honra acá”<sup>19</sup>.

La técnica de construcción de las galeras es la misma en Argel que en los países cristianos, pues las hacen con materiales de las cristianas que capturan y por

<sup>17</sup> CERVANTES, M. de, *Don Quijote...*, II, cap. 43.

<sup>18</sup> *El trato de Argel*, ed. de F. Sevilla y A. Rey, Madrid, Alianza, 1996, p. 41. Por pontón se entien- de un barco chato y estrecho que sirve regularmente para formar puentes.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 42.

manos de cristianos, de forma que los cautivos hacen sus embarcaciones y los reneados son los principales corsarios. A principios del seiscientos la armada corsaria experimenta cambios importantes con la aparición de los barcos redondos, movidos únicamente por las velas. Un corsario flamenco de nombre Danser parece que fue quien los introdujo en Argel, consiguiendo así revolucionar los métodos tradicionales del corso y de la navegación berberisca. Danser, después de haber recorrido los mares en sus correrías piráticas, en 1606 se establece en Argel y enseña a construir barcos redondos (polacras, saetías, etc.), que infectan los mares y hacen de la primera mitad del seiscientos el siglo de oro del corso berberisco.

El periodo de la actividad corsaria se extiende en la época de Cervantes desde el inicio de la primavera hasta el otoño, al menos en las galeras y demás embarcaciones de remos, pues “el otoño tiene los vientos más temibles para las galeras y raras veces se deciden a lanzarse al mar en otros meses que los dichos”. En cambio las naves de vela también salen en otoño e invierno para aprovecharse de los vientos. El tiempo de la empresa corsaria no supera por lo general los cincuenta días. Las provisiones que se cargan a bordo se calculan para un periodo semejante, y para abastecerse de agua tienen que bajar a tierra en pequeñas islas, más o menos próximas a la costa de los países cristianos, o también en estos, en lugares desiertos o protegidos por la oscuridad de la noche.

Por lo que respecta a su radio de acción no suele sobrepasar el ámbito mediterráneo, porque las embarcaciones de la familia de las galeras no pueden sufrir las convulsiones del Atlántico, pues éstas, lo mismo que las demás embarcaciones de remo, no resisten el empuje de los grandes vientos. Esta es la norma general, pero hay muchas excepciones y el mismo Cervantes nos dice que un corsario inglés ataca en la zona del Estrecho a dos galeras argelinas que el día antes habían apresado una nave portuguesa procedente de Brasil sin hacer resistencia; “y que, a lo que había oído decir, por no poder pasar tanta riqueza a sus dos bajeles, la llevaban a jorro para meterla en el río Larache, que está allí cerca”<sup>20</sup>. Y en otro lugar añade que los corsarios argelinos, desde su puerto, “salen con sus bajeles a inquietar el mundo, pues se atreven a pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules y a acometer y robar las apartadas islas (Canarias), que por estar rodeadas del inmenso océano pensaban estar seguras, a lo menos de los bajeles turquescos”<sup>21</sup>. Por otra parte, como los puertos corsarios del Magreb acogen a todas las embarcaciones corsarias, los del oeste de África, como Larache y más tarde Salé, se convierten en base de operaciones de los piratas argelinos, dispuestos para atacar a las embarcaciones que desde América se dirigen a Sevilla o Lisboa. La presencia de corsarios argelinos en

---

<sup>20</sup> *La española inglesa*, ed. de F. Sevilla y A. Rey, Madrid, Alianza, 1996, pp. 31-32. La ciudad de Larache fue destruida por los portugueses en 1471, y así permaneció hasta que el sultán Mohamet al Said la reconstruyó, dotándola de una fortaleza a la entrada del puerto. En 1610 la ciudad pasó a España por cesión del sultán, y en 1689 la reconquistó Muley Ismael

<sup>21</sup> *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, ed. de C. Romero, Madrid, Cátedra, 1997, p. 534.

el Atlántico, sin embargo, no se generaliza hasta el seiscientos con la construcción de barcos redondos, y tratan de convertir este mar en sus Indias, aunque el Mediterráneo sigue siendo el espacio preferido por los corsarios. Las costas de Italia, ya sean las romanas o toscanas, las de Calabria, Sicilia, Córcega y Cerdeña; las francesas de Provenza y el Languedoc, y las españolas de Cataluña e islas Baleares, Valencia, Murcia y Andalucía, son hasta tal punto dominio de los corsarios “que no hay marinero cristiano que las conozca mejor que estos audaces piratas, porque no hay cala ni caleta ni puerto en los que no se muevan como por casa propia”<sup>22</sup>.

### 1.2. *Preparativos para salir de corso*

Cuando llega el tiempo de salir al corso, todo Argel se pone en movimiento. Hasta las mujeres venden sus joyas para entrar a la parte en estas fructuosas operaciones. Los capitanes corsarios o *arráeces*, que obtienen el título mediante riguroso examen ante las jerarquías superiores del gremio de corsarios, arman según sus posibilidades una embarcación por su cuenta y, cuando no pueden, se asocian con otras personas adineradas y, en comandita, sufragan los numerosos gastos que implica la empresa. Los armadores equipan los bajeles de todo lo necesario, tanto de municiones de guerra como de provisiones de boca, que de ordinario consisten en bizcocho, aceite, vinagre, arroz y otras legumbres, y luego reciben la mitad, la cuarta parte o lo que hubieran concertado del beneficio de las presas.

En las embarcaciones corsarias también viaja una dotación de soldados de mar (levantes), pero pronto los jenízaros o tropas turcas de tierra, sienten apetito de mando y riqueza, y reclaman su presencia en el corso. Los choques se suceden hasta 1567 en que el bajá Mohamet reconcilia y concuerda a los jenízaros con los levantes. Pero después de un tiempo el acuerdo se rompe, los jenízaros imponen su dominio y su milicia se convierte en la principal fuerza de Argel.

En lugar de los antiguos corsarios, venidos de levante, jefes de sus equipos de corso, con absoluto dominio sobre la gente de a bordo de su navío, sin dependencia de nadie, mandaron en adelante los jenízaros, lo mismo en el mar que en tierra, si bien quedaron los *rais* como armadores en corso. Como propietarios de los navíos, los corsarios los equipaban de todo lo necesario, pero la fuerza armada que los ocupaba se reservaba toda la autoridad en ellos, hasta en la dirección de las acciones de corso”<sup>23</sup>.

Por esta y otras razones los corsarios y los moros odian a los soldados turcos tanto como los temen. “Porque es común y casi natural –dice Cervantes- el miedo que los moros tienen a los turcos, especialmente a los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que a ellos están sujetos, que los

<sup>22</sup> VAZQUEZ, M., “Corso y cautiverio en Cervantes”, *Estudios*, 4 (1948), p. 126.

<sup>23</sup> ROTALIER, *Histoire d'Alger*, Paris 1841, p. 203.

tratan peor que si fueran esclavos suyos<sup>24</sup>. La máxima autoridad en la embarcación corsaria la detenta el representante del *agá* o comandante del ejército y del *caid* o juez. Los soldados embarcados están a sus órdenes y el capitán del navío no puede tomar ninguna decisión sin antes obtener el visto bueno del jefe de la milicia.

Antes de embarcar el capitán corsario, acompañado de los principales oficiales de abordaje, procura visitar y suplicar las oraciones de algún santón para pedir la protección y la asistencia de Alá en la empresa que van a comenzar, y éste les entrega un cordero para que le ofrezcan en sacrificio en caso de peligro. A la vuelta del corso, si la campaña ha resultado provechosa, el santón o morabuto recibe un rico donativo.

Equipado el bajel y autorizada su salida por el diván, sueltas las amarras, desplegadas las velas, sobre los pies de sus remos, manejados por brazos de cautivos cristianos, el barco corsario toma vida y movimiento entre aclamaciones y salvas de artillería, con las que también saludan a uno de los morabutos más famosos de Argel, Sidi-Butica, venerado por los argelinos y enterrado muy cerca de la ciudad, en un pequeño y frecuentado santuario<sup>25</sup>.

### ***1.3. El desarrollo del corso***

Al entrar en mar abierto, los corsarios arrían su bandera y la sustituyen por la de alguna nación cristiana, la que mejor convenga a sus propósitos. Con la bandera retiran los signos que puedan delatar su calidad de corsarios.

De dos maneras pueden hacer presas: acometiendo embarcaciones enemigas o desembarcando en tierra de cristianos. Cervantes, que los odia como a temible azote de la cristiandad, los respeta y considera como a valerosos y esforzados caballeros del mar. Además, mientras que las embarcaciones cristianas navegan solas muchas veces, las de los corsarios berberiscos lo hacen en flotillas y, cuando las tormentas las dispersa, no suelen atacar hasta verse de nuevo reunidas. Igualmente, mientras las primeras van cargadas de mercancías y sin hombres de armas suficientes para defenderlas, las segundas van “sin mercancías, sin más estorbo que los víveres indispensables, pero con gran cantidad de soldados, artillería y municiones de guerra<sup>26</sup>”.

Cuando los corsarios se encuentran con un enemigo solicitan su rendición con buenas palabras y engañosas promesas, lanzando algunos cañonazos para conseguirlo. Pero si no lo obtienen, intentan el abordaje. Y si éste no es posible, entonces tratan de incendiar y hundir al enemigo. La escena del abordaje es verdaderamente pavorosa. Antes de iniciarle, los soldados sujetan con fuertes barras de hierro a los

<sup>24</sup> CERVANTES, M. de, *Don Quijote...*, I, cap. 41.

<sup>25</sup> TOSCHI, P., “Usanze e superstición dei corsari tripolini”, en *Mediterránea*, Palermo 1950, pp. 225-228.

<sup>26</sup> CERVANTES, M. de, *El trato de Argel*, p. 41.

cristianos que llevan a bordo (los remeros y algunos marineros) para que en el calor de la lucha no los puedan traicionar. Hecho esto, y en medio de un griterío infernal para más aterrar a sus enemigos, los brazos desnudos, blandiendo en su mano la temible cimitarra, inician el paso por un estrecho pontón y comienzan la lucha cuerpo a cuerpo. El corsario berberisco no mata por matar. Al contrario, se esfuerza en ahorrar vidas que valen dinero, y por su voluntad querría que ni las personas ni las mercancías, ni el navío enemigo sufrieran daño alguno, pues su fin es robar, no destruir ni matar<sup>27</sup>.

Si el combate favorece a los corsarios, unas veces regresan a puerto inmediatamente, otras envían la presa y algunas pasan los cautivos a sus naves y continúan el corso por el tiempo que creen conveniente. El padre Gracián narra así el momento de su cautiverio:

No pasaron tres horas (después de embarcar) que nos vieron hacia la parte de tierra una galeota de turcos, y aunque los marineros hacían la fuerza que podían por llegar a tierra, más prisa se dio la galeota, y llegando a tiro de arcabuz, arrojaron tantas balas, que tuvieron por bien amainar luego, y entraron muchos turcos en la fragata. De donde le subieron a la galeota, y antes que pasase de proa, por donde había entrado, le desnudaron del hábito de san Agustín y de todos los demás vestidos, dejándole en carnes, con solos unos pañetes, y con unas esposas en las manos que le echaron, dieron con él dentro de la mezanía, en compañía de los de su fragata y otros cristianos que primero habían cautivado... Vióse contento con el hábito de Adán, que ya nadie le podía quitar, sino desollándole. Luego tragó que había de morir en aquella vida, que más verdaderamente era muerte, porque remar en galeras de cristianos, especialmente del papa, es vivir, pero la galera de turcos es muerte. Vi de aquí a poco que, con los papeles que llevaba para imprimir en Roma de la *Armonía mística*, que le habían costado mucho trabajo y no eran de poca estima, limpiaban sus escopetas<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> En este punto se advierte una diferencia entre el corsario y el pirata, según relata Cervantes en *La española inglesa*, p. 33. Cuando el pirata inglés Ricaredo captura embarcaciones corsarias y reúne consejo para ver que medidas se debían tomar con los cautivos, “la opinión más común era pasarlos a todos por las armas para desembarazarse resueltamente de ellos”. Pero Ricaredo “propuso dejarlos en una barca cerca de España, por lo cual algunos lo tuvieron por valiente y magnánimo, otros le juzgaron en sus corazones por más católico de lo que debía”.

<sup>28</sup> J. GRACIAN, “Trabajos y vida del padre maestro Gracián”, en *Escritos de Santa Teresa*, II, (= BAE, LV), Madrid 1952, p. 457. El final de este párrafo se repite casi igual en *La española inglesa* de Cervantes: “Salieron de una cala dos galeotas turquesas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos a embestir en ella nos cortaron el camino y nos cautivaron. En entrando en la galeota, nos desnudaron hasta dejarnos en carnes. Despojaron las falúas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echarlas a fondo... Bien se podrá creer si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja los traía, con la cédula de los mil y seiscientos ducados, Mas la buena suerte quiso que viniese a manos de un cristiano cautivo español, que los guardó; que si viniera a poder de los turcos, por lo menos había de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula. Trajéronnos a Argel” (p. 63).

Cervantes evoca con acentos dramáticos su captura después de la batalla de Lepanto, durante el viaje de Nápoles a España, y el inicio de su cautividad en Argel, subrayando que la captura y la esclavitud era un fenómeno normal en el Mediterráneo de finales del siglo XVI, que formaba parte de los riesgos de viajar por el mar. Y narra su captura con estas palabras:

Y fue de esta suerte, que habiendo el Uchali, rey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y éstos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea a socorrerla, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé sólo entre mis enemigos a quien no pude resisitir, por ser tantos; me rindieron lleno de heridas. Y como ya habréis, señores, oído decir que el Uchali se salvó con toda su escuadra, vine yo a quedar cautivo en su poder, y sólo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres<sup>29</sup>.

Si el asalto a los navíos cristianos más desprotegidos era una imagen cotidiana en las costas europeas, la llegada de los moriscos españoles a las ciudades berberiscas y su integración en el corso facilita los desembarcos y la captura de españoles en tierra, al contar con el apoyo de los moriscos que siguen viviendo en España. Gracias al conocimiento de la costa peninsular, el idioma y las costumbres españolas, los habitantes de los centros corsarios hacen del corso y la piratería su forma de vida, no solo asaltando a las embarcaciones cristianas sino bajando a tierra para apoderarse de mercancías y personas. El testimonio de Diego de Haedo muestra la forma de actuar de estos corsarios, que saltan a tierra para cautivar a los paisanos.

Entierran el bergantín con todo el aparejo debajo de la arena, en una fosa u hoyo grande; y entrando en la tierra en hábito cristianesco, y hablando muy bien español, y siendo muy bien recibidos en los lugares de otros moriscos, atajan fácilmente los caminos, principalmente de noche, y maniatando todos los cristianos que topan los traen a la marina, y desenterrando el bergantín se vuelven con ellos, muy a placer a sus casas. Tienen también otra cosa, que como estos bajeles son pequeños, fácilmente se esconden en alguna cala o punta donde no son vistos, y engañando de esta manera a los guardias que están en las torres de las marinas, salen en mitad del día de los caminos en hábito de cristiano y roban y toman de continuo mucha gente<sup>30</sup>.

## 2. Los cautivos y el comercio humano

En la época de Cervantes, es decir entre 1570 y 1630, con los datos que aportan Haedo y Dan se puede calcular el número de cautivos cristianos que hay en Argel entre veinte y veinticinco mil, la mayor parte españoles e italianos; en ocho

<sup>29</sup> CERVANTES, M. de, *Don Quijote...*, I, cap. 39.

<sup>30</sup> HAEDO, D. de, *Topografía de Argel...*, p. 92.

mil los de Túnez y en quinientos los de Trípoli. El nuevo centro corsario de Salé, ubicado en la fachada occidental de Marruecos y con importante población morisca expulsada de España, cuenta hacia 1630 con unos mil quinientos cautivos, aunque le corresponderían muchos más por el número que apresaba, pero sus corsarios y los dueños de cautivos los vendían en Tetuán, donde las órdenes de la Merced y la Trinidad acudían con más frecuencia a rescatarlos<sup>31</sup>. Para Argel ofrece datos más precisos una información de 1624, según la cual la cifra de cautivos cristianos asciende a veinticinco mil.

Supo por muchos cristianos, lo mismo que por los renegados muy versados en los asuntos del país, que en sólo el reino de Argel -la capital, pueblos y aldeas comprendidos en un círculo de veinticinco leguas-, había cerca de veinticinco mil cristianos. Entre estos, los mil quinientos franceses (unas doscientas mujeres); la mayor parte, españoles, y los demás, italianos, irlandeses, griegos, eslovenos, etc<sup>32</sup>.

La mayor parte han sido apresados en las embarcaciones que circulan por el Mediterráneo occidental y no pocos en los desembarcos que hacen en tierra cristiana. En Argel se distribuyen de la forma siguiente. La parte más numerosa se destina a los campos de labor que rodean la ciudad, en un perímetro de veinticinco leguas, para realizar las faenas agrícolas, como cultivar la tierra, cuidar las viñas, pastorear, y hacer las demás labores propias de la casa. En los baños o lugares de encierro de la ciudad ordinariamente hay de dos o tres mil cautivos recluidos. Y el resto pertenece a particulares, que los utilizan en los quehaceres diarios de la casa o los mandan a ganar un jornal dondequiera que ofrezcan trabajo. Y si no hay ofertas de trabajo y el cautivo no está ocupado en las tareas de casa, se las ha de ingeniar como pueda para ganar con que atender a su sustento.

Los españoles capturados en el mar o en tierra por los corsarios argelinos son trasladados a la ciudad corsaria, iniciando una odisea más o menos larga, según la capacidad económica de su familia para pagar el rescate que exigen por su liberación. Los corsarios buscan convertir en dinero lo más rápidamente posible la mercancía humana apresada, por ello es relativamente frecuente que, después de atacar una población costera, icen la bandera de rescate para que los familiares o vecinos de los capturados puedan rescatarlos, pagando la cantidad pactada con el jefe de la expedición. Para los que no tienen la suerte de entrar en este sistema de rescate se inicia una época de penalidades ante la que cada uno reacciona de forma diferente. Algunas obras de la época hablan del asombro y angustia en que les ha puesto la fortuna en un instante, de forma que no saben si llorar o reír; otras muestran una actitud de fortaleza. Pero la mayoría de estos relatos tienden a exaltar la vida del

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 8; y DAN, P., *Histoire...*, pp. 284-285.

<sup>32</sup> VAZQUEZ, M., "Curso y cautiverio...", p. 131.

personaje, por su valentía o santidad, para servir de modelo a los más débiles y animar a los que estaban tentados para renegar<sup>33</sup>.

Una de las primeras medidas de los corsarios consiste en clasificar la mercancía humana. Un escribano anota en un registro los datos que pueden identificar al cautivo: nombre, lugar de origen, profesión, etc. Pero no siempre es fácil descubrir la verdadera identidad de los capturados, sobre todo cuando los corsarios se encuentran con algunos que tratan de convencer a sus captores de que son gente pobre, enferma y con defectos físicos, más idóneos para ser trasladados a un hospital que para ser puestos en venta, pues todos son enfermos, pobres y lisiados, cuando en su tierra se hacían descender de las familias más linajudas y presumían de hidalguía. Aun aquellos que pocos momentos antes se creían gente importante, de repente se metamorfoseaban en mendigos desarraigados, si el tiempo les permitía el indispensable cambio de ropa, y enfermos ya desahuciados. Pero todo esto les servía ordinariamente de muy poco porque los corsarios conocían estas tretas, tantas veces repetidas y de todos manoseadas. Así que, entre golpes y caricias, halagos y tormentos, los corsarios logran obtener una confesión bastante completa. Quedan excepciones, pero unas veces el aspecto, el traje o las manos; otras, cartas o papeles reveladores, como sucede con Cervantes, y otras la traición de compañeros revelan su identidad. La elegancia o pobreza de sus vestidos (el cambio de vestidos nuevos y ricos por otros viejos, pobres y sucios tenía la misma finalidad de engañar a los captores), la finura o callosidad de las manos son signos que indican el trabajo que realizaban y sirven para conocer el nivel social de las personas capturadas. En general el corsario tiende a ensalzar la categoría del cautivo tanto como el cautivo pretende rebajarla, para hacer menos costoso su recate. Por la fuerza de esta tendencia hacen del soldado Cervantes un capitán y de un pobre fraile, como Gracián, un arzobispo que iba a Roma a ser cardenal, y “tenía diez mil o veinte mil ducados de renta, y era un gran morabuto entre los cristianos (que es como decir santo predicador) y pariente del rey D. Felipe”<sup>34</sup>.

Después los despojan de sus pertenencias y vestidos, que también forman parte del botín, y de acuerdo con su calidad les asignan el destino para venta o rescate, y si la embarcación está falta de remeros por muerte de algunos bogadores en la travesía son obligados a empuñar los remos.

Al terminar la campaña, cuando las embarcaciones corsarias se acercan a Argel, anuncian su llegada disparando salvas, tanto más frecuentes cuanto más rica es la presa. Nada más llegar al puerto, el capitán corsario se dirige con los nuevos

---

<sup>33</sup> BUNES IBARRA, M. A., “Las sensaciones del cautivo, psicología y reacciones de los españoles ante el cautiverio en el Siglo de Oro”, *Hispania Sacra*, 51 (1999), pp. 557-572, analiza estas reacciones.

<sup>34</sup> GRACIAN, J., “Trabajos y vida del padre...”, p. 459. Cautivado en 1593 por el corsario Elisbey, cuando hacía la travesía de Nápoles a Roma, fue conducido a Túnez y el bajá, creyéndole eclesiástico de gran importancia, le impuso un rescate muy elevado y le cargó de cadenas para forzarle a rescatarse pronto.

esclavos a casa del pachá para que elija la parte que le corresponde, que es un cautivo de cada ocho. El resto se vende en el mercado de esclavos, igual que las mercancías apresadas y la nave, y su importe se distribuye entre los armadores y miembros de la tripulación de acuerdo con la normativa vigente.

En el mercado, abierto a primera hora de la mañana, se efectúa la venta de la mercancía. El encargado de la subasta expone la mercancía humana ante los posibles compradores, paseándola por el mercado, elogiando sus cualidades y buen precio, y los interesados la examinan para verificar sus afirmaciones. Los hombres están desnudos para que puedan ser observados desde todos los ángulos, a la vez que tienen que realizar algunos ejercicios para resaltar sus méritos. Las mujeres están cubiertas y cuando alguno quiere comprar una, la trasladan a una casa cercana y la hacen desnudar para que el posible comprador pueda comprobar la belleza de su cuerpo.

Muchas veces los compradores dan golpes a los cautivos para obligarles a correr, saltar y demostrar su agilidad; observan la dentadura, no para conocer su edad, sino para descubrir la presencia de enfermedades que puedan comprometer su actividad laboral; examinan los ojos para estudiar su fisonomía y su mirada. Y sobre todo, analizan sus manos para descubrir a través de su finura o callosidad si estaban habituados al trabajo o pertenecían a un nivel social elevado, y de manera especial para conocer por medio de la quiromancia si se preveía que tendrían una larga vida o se atisbaban peligros de enfermedad o fuga. Diego Galán, apresado en 1589 por el corsario Mami, renegado albanés, que lo lleva a Argel, lo describe con estas palabras:

Al primer día me asió un mozo pregonero de la mano, y dando pregones y vueltas en el zoco, me trujo más de un cuarto de hora, y algunos me llegaban a mirar y preguntaban si tenía algunos achaques, y me hacían pasear para ver si era cojo o tenía alguna manquedad, tentándome los brazos y mirando la dentadura. Yo consideraba que lo propio se hace en España cuando venden un jumento, y daba gracias a Dios por los trabajos que su divina majestad me enviaba, pues todos iban enderezados para mi mayor bien si me quisiera aprovechar de ellos<sup>35</sup>.

Los cautivos más apreciados por su rango social, sexo y edad (mujeres jóvenes y muchachos) se venden de forma individual, y el resto por grupos o lotes, si hay comprador. Sin embargo, lo que importa a vendedores y compradores es concluir el negocio de forma ventajosa, tanto si adquieren la mercancía para el remo o los duros trabajos de interés público, como para el harem en el caso de las mujeres. Como dice Dan, los berberiscos están tan acostumbrados a invertir el dinero en la adquisición de esclavos cristianos como los cristianos a invertir en rentas fijas y otras acti-

---

<sup>35</sup> *Relación del cautiverio y libertad de Diego Galán*,..., ed. por M. A. de Bunes y M. Barchino, Toledo, Diputación Provincial, 2001, p. 52.

vidades financieras<sup>36</sup>. Aunque estaba rigurosamente prohibido a los mercaderes de esclavos adornarles con ricos vestidos y maquillarles para mejorar su apariencia, en la práctica se hacía. A veces no exponen la mejor mercancía y el comprador tiene que desplazarse a casa del propietario para elegirla, porque el mercado de esclavos es como el de los caballos, al que en contadas ocasiones se llevan los mejores.

El precio del cautivo varia según la edad, calidad, profesión y especialmente el sexo. No es raro que se prefieran los jóvenes a las doncellas, dada la difusión de la sodomía en Argel, pues aunque estaba condenada por la ley coránica parece que no se observaba. Pero el precio fluctúa sobre todo en función de la oferta y la demanda<sup>37</sup>. Aunque las fuentes aportan pocos datos sobre los precios de venta, pueden situarse en unos cien ducados para los hombres de 25 a 35 años y el doble para las mujeres jóvenes y los muchachos<sup>38</sup>. La venta se hace sin tener en cuenta las relaciones familiares que puedan existir entre ellos. Los hijos son separados de sus padres y vendidos en lotes especiales por los altos precios que pagan por ellos, y los padres también pueden ser separados, lo que crea situaciones muy complejas cuando el cautiverio de estas personas se alarga durante años. Acto seguido, los esclavos de *baylik* o del Estado y, a veces, también algunos de particulares, se llevan a los baños, su lugar de encierro y descanso.

El cautivo, al igual que cualquier otro animal, representa un capital que hay que cuidar porque se deteriora con el paso del tiempo, de forma que si se retrasa el rescate se puede perder parte de la inversión. Pues el precio del rescate constituye el principal elemento para valorar la importancia que el comercio de esclavos cristianos tiene en las ciudades berberiscas<sup>39</sup>. Un viejo es una boca más que alimentar, pero inútil de cara a la productividad. Del animal viejo o muerto se puede recuperar siempre algún dinero por la piel o la carne, pero del esclavo nada. Por esto, los esclavos viejos y enfermos cuestan poco; en cambio valen mucho los hombres idóneos para realizar determinadas actividades o los especializados en la producción agrícola, artesanal y marítima. En definitiva, el mantenimiento de un cristiano en cautividad sólo está justificado si el capital invertido es económicamente recuperable, ya sea a través del rescate, la venta o el trabajo. A veces, el esclavo que ha sido comprado por unas pocas monedas, puede producir varios cientos de ducados por su rescate, pero esto sólo sucede en el caso de personas de alto rango, eclesiásticos y mujeres jóvenes. De esta forma, los cristianos apresados quedan de hecho y de derecho en situación de esclavitud, bien como esclavos del Estado o de particulares.

---

<sup>36</sup> DAN, P., *Histoire...*, p. 378.

<sup>37</sup> La sura 7, 80-81 del *Corán* reprueba expresamente la perversión de los habitantes de Sodoma con estas palabras: “¿Os entregáis a esta deshonestidad, que ninguna criatura ha cometido antes? Para saciar vuestras pasiones os llegáis a los hombres en lugar de llegaros a las mujeres. Sois un pueblo impío”.

<sup>38</sup> MATHIEX, J., “Trafic et prix de l’homme en Méditerranée aux XVIIe et XVIIIe siècles”, *Annales ESC*, 9 (1954), pp. 154-164.

<sup>39</sup> MANCA, C., *Il modello di sviluppo economico...*, p. 560.

### 3. La vida de los cautivos

Aunque algunos cautivos juzgan el cautiverio como una ocasión que la providencia les depara para purificarse de sus pecados y se muestran tranquilos e incluso contentos, como afirma el padre Gracián, al que “el bizcocho le sabía mejor que almendras, el agua le satisfacía más que la malvasía, y el padecer en poder de los enemigos de la fe dábale contento”<sup>40</sup>, los más lo ven como una desgracia a la que tratan de enfrentarse como mejor pueden.

Las fuentes cristianas de la época y de forma especial los testimonios de los cautivos y los informes de los religiosos que se desplazan a las ciudades berberiscas para negociar su rescate hay que interpretarlas con prudencia, porque suelen exagerar la dureza del trato que reciben y describen sus padecimientos con desmesura con el fin de urgir la necesidad de su redención. Sin embargo, la realidad es que los argelinos procuran no dañar la mercancía humana, y los castigos que les dan tienen por fin presionarlos para que consigan que los rescaten cuanto antes. De todas formas, la situación del esclavo varía sensiblemente según sea considerado de rescate por su familia o una institución, o del común. Los cautivos de rescate son mejor tratados, tanto por los corsarios como por sus dueños, ya que su muerte supone perder una importante suma de dinero, lo que va en contra del fin monetario del corso. Mientras los cautivos del común son destinados a realizar los oficios más duros, desde la propulsión de las embarcaciones hasta el servicio doméstico, los de rescate son encerrados en los baños para impedir que mueran o escapen

Otra de las características que más influye en la vida del esclavo es el dueño. En Argel encontramos esclavos del Estado y de particulares. De los primeros el pachá toma para su servicio un buen número de jóvenes, que de ordinario son bien tratados y reciben no pocos regalos y atenciones de los pretendientes y cortesanos. Otros se destinan a los cuarteles de los soldados turcos para el cuidado y limpieza de los edificios y ayuda de los soldados. Los restantes se trasladan a los baños, especie de cuarteles donde los encierran por la noche, y los destinan a trabajar de remeros en las naves corsarias y en las obras públicas (sacar y trasportar piedra, reforzar fortificaciones, construir y reparar embarcaciones, etc.). De los de particulares hay que diferenciar entre los que compran sus dueños para el servicio de sus casas, fincas y jardines, cuya suerte depende del genio del señor, o para alquilar su fuerza de trabajo, y los que adquieren los mercaderes con la esperanza de conseguir grandes ganancias por su rescate, pues estos mercaderes, hábiles en la trata de esclavos, sólo adquieren eclesiásticos y mujeres por los que se paga un pronto y elevado rescate.

Lo que parece cierto es que los cautivos están sometidos a todos los males que reporta la privación de libertad. Además de las torturas y malos tratos, están expues-

---

<sup>40</sup> GRACIAN, J., “Trabajos y vida del padre...”, p. 458.

tos a los riesgos que corren por ejercer trabajos peligrosos, a contraer enfermedades por el ambiente donde viven y, de forma especial, la peste, que se había convertido en algo endémico en muchas ciudades berberiscas. También sufren algunos castigos y uno de los más frecuentes consiste en recibir quinientos bastonazos con unas varas de olivo nudosas por cualquier pretexto, aunque el fin que buscan con estos y otros castigos puntuales es acelerar las negociaciones del rescate.

El principal lugar de habitación de los cautivos son los baños, un recinto cerrado donde se recogen por la noche y en los días que no trabajan para evitar que se escapen. Estos pueden ser desde barrios separados, edificios semejantes a cárceles, simples corrales cercados por empalizadas o espacios excavados en la tierra con pocas estancias y escasa ventilación. Diego de Haedo dice que los baños de Argel son las casas o corrales donde tienen encerrados a los esclavos.

Uno se dice el baño grande, que es hecho como en cuadro, aunque no perfectamente, porque es más largo que ancho; de largo tiene setenta pies y de ancho cuarenta. Está repartido en altos y bajos, y con muchas camarillas, y en medio una cisterna de linda agua; y a un lado, debajo, está la iglesia u oratorio de los cristianos, donde todo el año se dicen misas... Está este baño grande en la calle del Soco grande, o calle derecha que atraviese de la puerta de Babazón a la de Babalvete... El otro baño se dice el baño de la Bastarde, el cual no es tan grande, pero también está en muchos aposentos repartido, y particularmente sirve éste baño para estar los cristianos del común, a que se llaman del magazen<sup>41</sup>.

Los baños pueden ser de propiedad pública o privada, y en ellos residen los cautivos que pertenecen al Estado y a particulares que no quieren hospedarlos en su casa. En Argel sólo tienen baños particulares algunos armadores y los *arraeces* más importantes. A principios del seiscientos se cuentan seis baños, que se conocen por el nombre de su dueño. Los baños están custodiados por un guardián, que en el caso de los baños públicos de Argel suele ser un renegado o un jenizaro nombrado por el *agá* o comandante del ejército, que cuenta con cierto número de colaboradores para vigilar a los cautivos y distribuirlos por oficios y ocupaciones. Al amanecer, los cautivos de particulares vuelven a casa de sus dueños para hacer lo que les manden, y a los del Estado los envían a trabajar en la construcción y reparación de las embarcaciones, en las obras públicas y en labores agrícolas. Dentro de los baños los cautivos se agrupan por naciones o regiones de origen, formando colectividades pequeñas que preparan la comida en común con los alimentos que recogen o compran, e intentan hacer más llevadera la privación de libertad. Los cautivos de rescate no suelen abandonar estos recintos para impedir que escapen o realicen trabajos físicos que pongan en peligro su integridad, en un intento de preservar su inversión. Sólo cuando tarda el rescate los sacan a trabajar y amenazan con castigos para que urjan la redención. Cervantes describe así su cautiverio y el de los cautivos de rescate:

---

<sup>41</sup> HAEDO, D. de, *Topographía de Argel...*, p. 35.

Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal señalados y tenidos por de rescate. Y aunque el hambre y la desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba a uno, empalaba a éste, desorejaba a aquél, y esto por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano<sup>42</sup>.

Los baños van evolucionando con el paso del tiempo de la misma manera que el cautiverio y las ciudades corsarias. De ser simples recintos donde se apiñan personas, pasan a disponer de diversas estancias, taberna, hospital y capilla. Estas mejoras se consiguen gracias al esfuerzo que las órdenes redentoras llevan a cabo desde finales del siglo XVI, y pone de manifiesto la mayor tolerancia de los musulmanes. Los cautivos van creando su propio mundo en estos lugares de encierro, que se rige por unas normas particulares, aunque a medida que se autoriza a los religiosos prestar asistencia a los cautivos va mejorando el ambiente y la situación moral, que el padre Gracián presenta muy deteriorada,

pues los más de ellos hallé que estaban caídos en vicios abominables, y habían llegado al profundo de la maldad, obstinados en sus pecados, ensuciados con deshonestidad de toda suerte, manchados con blasfemias, odios, robos, desprecio de sacramentos, castigo, doctrina y buen ejemplo, y sobra de ocasiones y libertad de pecar<sup>43</sup>.

A pesar de estas mejoras, el ambiente de los baños es uno de los recuerdos más amargos de los cautivos, como se desprende de la literatura del Siglo de Oro y de las relaciones que escriben los cautivos o los religiosos que les prestan asistencia espiritual. Después de una jornada de duro trabajo, se tienen que recoger en un espacio lúgubre, donde viven hacinados y en continuo estado de alerta por los desmanes de sus propios compañeros y las delaciones, verdaderas o falsas, de sus hermanos de infortunio. En general están mal fabricados, pero bien fortificados y cerrados con tres puertas, sin que corra el aire ni tengan más luz que la que entra por una especie de lucernario. Acogen de doscientos a quinientos hombres con los cabellos rasurados y casi desnudos, y para su vestuario les entregan cierta cantidad de tela para que se hagan un par de camisas, dos pares de calzones, una capa, una cubierta para la cama y paño para un tabardo.

La vida de los cautivos también está condicionada por el trabajo que realizan. Muchos se emplean como galeotes de las embarcaciones corsarias, los que tienen habilidad en la construcción naval se ceden a los armadores a cambio de un jornal y los que no saben oficios mecánicos se destinan a los trabajos en las obras públicas:

<sup>42</sup> CERVANTES, M. de, *Don Quijote...*, I, cap. 40.

<sup>43</sup> GRACIAN, J., "Trabajos y vida del padre...", p. 457.

acarrear piedra para fortificar el muelle, reforzar las murallas o construir fortalezas. También hay algunos que están exentos de trabajo, al disponer de dinero para mantenerse y dejar al gobierno lo que entrega diariamente para su sustento.

Los destinados al remo encuadran el colectivo más desheredado de los cautivos. Encadenados al banco de bogar, sin un momento de descanso y expuestos de continuo a los golpes e insultos del capataz. Como dice Diego de Haedo, la sed y el hambre agudiza más el sufrimiento, pues a cada uno sólo le toca “el bizcocho carcomido, lleno de gusanos y seco, y el agua corrupta y hedionda, todo por onzas y peso; las habas enzapataadas, con su espaldar y su peto, en agua sin sal cocidas en un muy sucio caldero, del capataz el rebencazo que lleva carne y pellejo, es de nuestra triste vida el miserable sustento”<sup>44</sup>. Son suficientes estas palabras para aproximarnos a la triste situación de los cautivos empleados en el servicio del remo, como recuerda un cautivo español a don Alonso de Mendoza a principios del seiscientos<sup>45</sup> y describe Antonio de Guevara con acentos terribles:

No buscad agua limpia, fresca y de buen sabor. Bebed sin prestar atención un agua caliente, turbia, fangosa, casi fétida... En cuanto al pan, contentaros con un bizcocho negro, duro, lleno de gusanos, muchas veces cubierto de mohos y roído por las ratas. La carne estará mal cocida, más dura que la madera y más salada que la sal, más difícil de digerir que una piedra<sup>46</sup>.

Al leer los consejos de Guevara es fácil imaginar la vida de los galeotes, expuestos a intensos esfuerzos físicos, que un remero francés, cautivo en Argel, resume con estas palabras: “No conozco hombre que pueda merecer un castigo tan horrible como el de la vida de remero, cuando uno es esclavo, por espantosos que fueran sus crímenes... Teníamos que hacer nuestras necesidades sin salir del banco y soportar la pestilencia con el calor del día”<sup>47</sup>. Por otra parte, la chusma, que es como se llama al conjunto de los remeros, está permanente mojada, pues la galera es un barco de casco bajo y la mayor parte carece de cubierta. Sólo se protegen con unos tendales de lona durante la noche, pero durante la navegación se recogen y las olas salpican el interior del barco y las espaldas de los remeros se llenan de salitre, causándoles el consiguiente dolor en la piel. Además la boga requiere un esfuerzo considerable, pues el manejo del remo exige una tensión continua de todo el cuerpo, lo que se agudiza cuando tratan de apresar alguna embarcación.

---

<sup>44</sup> HAEDO, D. de, *Topographía de Argel...*, pp. 97-99.

<sup>45</sup> *Suma de la vida infernal de galera*, 1607.

<sup>46</sup> GUEVARA, A. de, *Libro de los inventores del arte de marear, y de muchos trabajos que pasan en las galeras*, Pamplona 1579, ff. 22v-23v.

<sup>47</sup> BENNASSAR, B., *El galeote de Argel. Vida y hechos de Mustafá de Six-Fours*, Barcelona 1996, pp. 45 y 49.

Cuando dábamos caza a una nave -dice un galeote de Argel-, con el aullido del contraestre ordenando acelerar, el esfuerzo se hacía tan intenso que nuestros músculos se tendían hasta romperse. Después estaban duros y doloridos, el aire enrarecido nos quemaba el pecho, creíamos perecer ahogados. Y si por desgracia nuestra presa se escapaba recibíamos de inmediato los golpes del vergajo, pero ya estábamos tan destrozados que apenas si sentíamos dolor<sup>48</sup>.

Se completa el cuadro, si se tienen en cuenta los riesgos del galeote, propenso para adquirir todo tipo de enfermedades, lesionarse o morir, sobre todo en los combates. Pues la táctica del abordaje, consistente en acometer con la proa de la nave el costado de la embarcación enemiga, causa muchos muertos entre los remeros y, en caso de naufragio, se van a pique, junto con el casco del barco, porque están encadenados y clavados a los bancos. No obstante, parece que su esfuerzo es menor que el que realizan los galeotes musulmanes en las embarcaciones cristianas, porque las naves argelinas suelen ser más ligeras. Pero si su situación es dramática cuando están en el mar, no mejora cuando llegan a tierra, pues después de desembarcar las mercancías, el propietario los alquila para que trabajen en las obras públicas o en el campo, volviendo a coger el remo al iniciarse la campaña del corso.

Al igual que los cautivos del remo cuando están en tierra, los que pertenecen a particulares, cuando no necesitan su mano de obra, los alquilan a otras personas en la ciudad o en el campo para que trabajen en la construcción o en la agricultura, pues gracias al trabajo de los cautivos los corsarios pueden gozar, entre otras cosas, de deliciosos jardines, llenos de naranjos, limoneros y otros árboles fructíferos. No es mejor la situación de los destinados a realizar trabajos de tipo doméstico y otros servicios con que pagarse el sustento y aportar algún dinero al dueño, pues normalmente no les dan alimento y cada día, después de hacer los trabajos de casa, tienen que vender agua por la ciudad para sacar algún dinero y, si no lo consiguen, se ganan no pocos bastonazos.

No faltan, sin embargo, algunas formas de convivencia más humanas. No es infrecuente que el dueño y el cautivo lleguen a un acuerdo, por el cual el cautivo adquiere el derecho a ejercer libremente un oficio, comprometiéndose a no dejar la ciudad y a entregar al dueño una suma de dinero diaria, semanal o mensual, fijada de antemano. Algunos dueños exigen una cantidad fija, pero otros prefieren una parte de las ganancias, generalmente un tercio, lo que permite a los cautivos ir acumulando el dinero necesario para comprar su rescate. En consecuencia, no son pocos los cautivos que, conociendo algún oficio, pueden vivir libremente y hacer algún dinero. Muy lucrativo es para un cautivo poder gestionar alguna de las tabernas de los baños más grandes. Basta la autorización del guardián, que generalmente la concede a cambio de una cuota fija o de un porcentaje sobre los ingresos. Esta es la mayor suerte que puede caber a un cautivo, pues un tabernero puede ganar en el

---

<sup>48</sup> *Ibíd.*, pp. 52-53.

curso de tres o cuatro años lo que necesita para su rescate. Frecuentadas por cautivos y también por moros y turcos, la taberna es el lugar propicio para beber y emborracharse para olvidar. Los cautivos beben vino y agua de dátiles, una especie de droga para olvidar los sufrimientos de la esclavitud; por ello se considera indigno de los sacerdotes cautivos regentar tabernas, “auténticos seminarios de infinitas maldades, estupro, lenocinios y pecados nefandos, pues se esperaba que el sacerdote esclavo fuera un hombre de bien”<sup>49</sup>.

La triste situación de los cautivos se agudiza por la escasez o falta de alimento. La base alimenticia de los galeotes es el bizcocho, un pan de trigo integral sin levadura, cocido dos veces para evitar la fermentación durante la campaña corsaria, a lo que se une una ración de habas cocidas con agua y unas gotas de aceite para la comida, y un poco de mazamorra (especie de sopa preparada con el bizcocho estropeado) para la cena. El régimen alimenticio de los cautivos del Estado está formado casi exclusivamente por pan, menestra, aceitunas y vinagre. En algunos baños de particulares no les dan comida ni vestido y cada cautivo tiene que conseguirlo con su industria. Para ello, los permiten salir por la ciudad algunas horas al día para buscarlo y, a veces, se ven precisados a robar para no morir de hambre.

Las mujeres esclavas representan una pequeña parte del complejo mundo de los cautivos y normalmente viven en las casas de sus dueños, porque los baños están reservados para los hombres. Algunas jamás salen de casa y sus dueños se esfuerzan en convertirlas al Islam para destinarlas al matrimonio o hacerlas sus concubinas. Las jóvenes más hermosas entran a formar parte del harem del pachá o de otra persona acomodada, de donde algunas salen para casarse con renegados, turcos o moros. A veces, el pachá envía algunas de regalo al sultán de Constantinopla. El musulmán que se casa con una esclava consigue una mujer dócil, dispuesta a complacerle por temor a que la venda y hace todo lo posible por darle un hijo. Normalmente el dueño libera a la cautiva el día del matrimonio, cuidando de su manutención e integración en la sociedad musulmana, y esto hace a la mujer libre pero sometida a su marido. En este sentido, la liberación sustituye a la dote que el marido debía entregarla.

La asistencia religiosa a los cautivos en esta época la realizan los mismos sacerdotes esclavos, como sucede con el confesor de santa Teresa y otros menos conocidos. Los mismos esclavos se encargan de mantener las capillas de los baños y de entregar alguna limosna a los sacerdotes cautivos que los atienden. Los cautivos celebran sus fiestas religiosas dentro de los baños y asisten a los oficios religiosos cada vez en mayor número, pues “como nunca faltan cristianos devotos, hay gran concurso de ellos, y los domingos y fiestas suelen, los que pueden, oír allí misa, y en las pascuas suelen ser tantos que no caben y es necesario algunas veces decir misa en el patio, fuera, y en tales días los guardia-

<sup>49</sup> Arch. Storico Congr. Propaganda Fide, *Scritture originali riferite nelle congregazione genelari*, vol. 247, ff. 44 y 49.

nes del baño, turcos y moros, no dejan entrar alguno que no pague primero un áspero, de que sacan gran ganancia”<sup>50</sup>.

En fin, en la sociedad cosmopolita de Argel se encuentran cautivas desempeñando el oficio de domésticas, esposas, madres, concubinas y renegadas asociadas a cualquier función. Igualmente hay cautivos al servicio del pachá y de los cortesanos, pero la mayoría realiza los oficios más duros y peligrosos en los diferentes sectores productivos, además de ser objeto de malos tratos y castigos, ampliamente descritos y aumentados por la historiografía y la literatura cristiana de la época. Sin embargo, a parte de los abusos, insultos y castigos a que están expuestos en el desempeño del trabajo, son los intentos de fuga y otros acontecimientos coyunturales los que agravan los malos tratos, de forma que no son una práctica generalizada como parecen indicar las relaciones de los religiosos que atienden a los cautivos, y cuando se dan constituyen una especie de abuso dentro de la sociedad musulmana, dado que el Corán predica la tolerancia hacia los esclavos<sup>51</sup>.

Aunque la esclavitud es una triste realidad con la que cuentan las gentes del Mediterráneo, el gran movimiento de solidaridad que se desarrolla en torno a los cautivos no puede acallar sus lamentos, que de forma reiterativa se repiten a lo largo de todo el periodo. Ante este panorama no debe extrañar que los cristianos que tienen la desgracia de ser cautivados esperen ardientemente el rescate y, cuando no llega, se vean impulsados a superar los escrúpulos y las dudas para insertarse en la sociedad islámica. Está claro que el cautivo que consigue hacer dinero no tiene ganas de volver a su tierra de origen y permanece en Argel, no sólo un periodo de tiempo sino toda la vida, renegando de la fe cristiana y pasando a engrosar el número de los muchos cristianos de Alá que habitan las ciudades berberiscas, convirtiéndose a su vez en una víctima potencial del doble juego que el corso impone en ambas orillas del Mediterráneo<sup>52</sup>.

#### 4. La recuperación de la libertad

Una vez perdida la libertad, nada más costoso que volver a recuperarla. Algunos lo intentan arriesgando su vida con la huida; otros, que trabajan de bogadores en las embarcaciones berberiscas, a veces tienen suerte y la recuperan al ser capturados por corsarios cristianos; los más la obtienen por rescate en las redenciones que organizan las órdenes redentoras, unos pocos por canje con esclavos musulmanes, y no faltan los que reniegan para poder escapar con más facilidad y tornar a la fe cristiana<sup>53</sup>.

<sup>50</sup> HAEDO, D. de, *Topographía de Argel...*, p. 195.

<sup>51</sup> BONO, S., *I corsari...*, p. 317.

<sup>52</sup> TRASSELLI, C., “Naufragi, piratería, doppio gioco”, in RAGOSTA, R., (dir.), *Le genti del Mediterraneo*, Napoli 1981, p. 507.

<sup>53</sup> Entre los estudios sobre los renegados que han aparecidos en los últimos años cabe mencionar los de BENNASSAR, B. y L., *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid

La redención de cautivos es tan antigua como el mismo cautiverio, siendo las religiones de la Merced y la Trinidad las que se ocuparon en España de este menester. Que uno de los rescatados fuera Cervantes, cautivo en Argel, tiene sin duda especial relevancia, pero lo importante son los millares de seres anónimos, hombres, mujeres y niños, que con su ayuda pudieron lograr la libertad. Aunque los libros de historia apenas se detienen en narrar estos hechos, frente a las muchas páginas que dedican a los sucesos políticos, esta muestra de solidaridad colectiva tiene gran importancia en la historia. Pero sin la memoria de las cadenas rotas de los cautivos, las que cuelgan de San Juan de los Reyes en Toledo y tantas otras, casi todas perdidas y olvidadas, ausentes incluso en los museos de etnología e historia, que sólo parecen tener espacio para los collares de oro de los poderosos, no se puede tomar conciencia plena del esfuerzo que costó devolver la libertad a los cautivos<sup>54</sup>.

Una expedición redentora necesita trámites previos, tanto de parte del gobierno español como de las autoridades norteafricanas. Estos pasos legales pueden llevar mucho tiempo, dada la dificultad natural de comunicaciones o la ausencia de ellas. Los religiosos, después de obtener la licencia real para hacer la redención y el salvoconducto del gobernador de la ciudad corsaria, acompañados del escribano nombrado por el Consejo de Castilla<sup>55</sup>, el dinero y las mercancías que compran para venderlas en la ciudad corsaria, se hacen a la vela hacia el lugar donde van a realizar la redención.

Los recursos económicos para la redención proceden de varias fuentes: limosnas generales, *adjutorios*, donaciones y fundaciones para el rescate de los cautivos, rentas propias y otros derechos. La recaudación de limosnas es una obligación impuesta por las constituciones de las órdenes de la Merced y la Trinidad. Los frailes salen a mendigar por las veredas o caminos, que se llenan de manos abiertas pidiendo la ayuda de los hermanos libres para liberar a los cautivos. Los predicadores de la redención llevan su voz y su escudilla por la geografía hispana, predicando en los pueblos y ciudades la triste situación de los cautivos y la necesidad de romper sus cadenas. Entre las limosnas generales, ya sean las que se consiguen con motivo de la publicación de la redención, las recogidas en las veredas o de puerta en puerta, las mendigadas en tiempo de la recolección y vendimia o las depositadas en los cepos o cajas que hay en las

---

1989; MENDES-DRUMOND, I., *Entre a Cristandade e o Islao (seulos XV-XVII). Cautivos e Renegados nas franjas de duas sociedades em confronto*, Ceuta 1998; ROSTAGNO, L., *Mi faccio turco*, Roma 1983; y SCARAFFIA, L., *Rinnegati. Per una storia dell'identità occidentale*, Roma 2002.

<sup>54</sup> Hay muchos estudios sobre una o varias redenciones o el rescate de alguna persona o grupo concreto, pero pocos de conjunto, aunque se pueden indicar algunos: CIPOLLONE, G., *Cattività e liberazione in nome di Dio*, Roma 1992; FRIEDMAN, E. G., *Spanish captives in North African Early Modern Age*, Wisconsin 1983; PORRES, B., *Libertad a los cautivos. Actividad redentora de la Orden Trinitaria*, I, Córdoba-Salamanca 1997; MARTINEZ TORRES, J. A. *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*, Barcelona 2004, pp.77-154; etc.

<sup>55</sup> Desde 1574 los redentores castellanos van acompañados por un escribano, designado por el Consejo de Castilla, que lleva nota puntual del desarrollo y de los gastos de la redención, y esto ha permitido tener relaciones detalladas de la mayor parte de las redenciones.

iglesias, cada vez van adquiriendo más importancia las recaudadas en las Indias, al menos en el caso de los mercedarios, aunque en el primer tercio del seiscientos apenas aportan el diez por ciento de los ingresos de la redención<sup>56</sup>.

Los *adjutorios* son las ayudas o limosnas particulares que se entregan a los redentores para la liberación de uno o varios cautivos concretos, generalmente a través de un contrato o acta notarial, de forma que si no se emplean en el rescate del cautivo para el que se han dado, deben devolverse, como se lee en uno de los contratos firmado por Tirso de Molina, comendador del convento mercedario de Nuestra Señora de las Mercedes de Trujillo, en marzo de 1620:

Presentes, de la una parte fray Gabriel Téllez, comendador del convento..., y de otra Pablos Martín, vecino de la villa de Xarayzejo, dijeron que por cuanto Alonso Martín, hermano del dicho Pablos Martín, está cautivo en Argel y en razón de su rescate se han convenido y concertado de esta manera: Que el dicho padre comendador en nombre del dicho convento y de la redención de cautivos recibió del dicho Pablos Martín quinientos reales en moneda de cobre, para que el padre redentor que está al presente en Valencia de partida para la dicha ciudad de Argel a la dicha redención, haga las diligencias necesarias para sacar del cautiverio al dicho Alonso Martín y le traiga en la primera redención, y si no lo hiciere que el dicho comendador y convento devolverán los dichos quinientos reales que ha recibido en la misma moneda que los recibió y con el valor que tiene ahora, y si el dicho Alonso Martín fuere muerto o estuviese ausente de Argel traerá testimonio de ello y de las diligencias que se hicieron para su rescate; y el dicho Pablos Martín se obligó a pagar a la dicha redención la mitad de lo que costare el rescate del dicho Alonso Martín, cautivo, recibiendo en cuenta de ello quinientos reales<sup>57</sup>.

El problema social de la libertad de los cautivos dio lugar a diversas fundaciones o patronatos para contribuir a su rescate, aunque la mayoría establece un orden de preferencia en el tipo de cautivos a redimir, ya sea respecto a su naturaleza o a su calidad. Muchos se establecen en los conventos mercedarios y trinitarios, y sus autores los dotan con un capital, generalmente de renta fija de juros, inmuebles o bienes raíces, para que su producto se destine al rescate y ayuda de los cautivos.

Otra partida importante del capital de la redención está constituida por rentas propias de las órdenes redentoras. La regla trinitaria manda dividir sus bienes en tres partes iguales, reservando una para la redención de cautivos. Con el paso del tiempo se mitiga esta obligación y las constituciones de 1319 sustituyen la tercera parte por una tasa asignada a cada convento, aunque la orden trinitaria sigue considerando de estricta obligación la entrega de una parte de sus rentas para la redención de cautivos<sup>58</sup>. Hasta 1327 la orden de la Merced tiene una economía única, es

<sup>56</sup> A mediados del seiscientos las limosnas de Indias ya aportan la tercera parte del coste de la redención. Cfr. BN, ms. 3631 y 3597.

<sup>57</sup> URGUAGA, A., "Tirso de Molina y la redención de cautivos: dos contratos firmados por él", *Estudios*, 37 (1981), pp. 193-194.

<sup>58</sup> PORRES, B., *Libertad a los cautivos...*, pp. 115-132.

decir, no hay diferencia entre los bienes de la redención y los de la Orden, y todo lo que sobra de cubrir las necesidades de los religiosos se destina a los cautivos. De 1327 a 1588 las constituciones imponen un sistema de tasas, por el cual cada convento debe contribuir con una tasa anual, en proporción a sus posibilidades económicas. Este cambio suscita protestas y los capítulos provinciales reducen la tasa, y las constituciones de 1588 la suprimen, aunque los bienes de la Orden continúan garantizando los fondos de la redención y cada convento sigue cooperando de forma ordinaria y extraordinaria a la redención de cautivos<sup>59</sup>.

Por último, los procuradores o, en su defecto, los síndicos de cada religión, además de pedir la limosna ordinaria por las casas y las iglesias, se encargan de cobrar las mandas pías y demás bienes dejados en los testamentos para los cautivos. Es decir, las mandas forzosas, que eran siete, a razón de cinco maravedíes cada una; la quinta parte de los bienes de los muertos abintestato, si no tenían heredero dentro del cuarto grado; los bienes de los muertos sin familia, los hallados sin dueño en el mar o en los ríos, y los mostrencos, que era cualquier cabeza de ganado o cosa de que no aparecía el dueño.

Algunas instituciones de la monarquía también aportan dinero para el rescate de los cautivos, aunque sólo el Consejo de Cruzada destina alguna cantidad de forma regular para redimir a los oficiales, soldados y marineros cautivos, así como para ayuda de los más pobres y necesitados. En 1579 Felipe II ordena al receptor de la Cruzada que entregue al redentor trinitario que va a pasar a Argel 190.000 maravedíes “para rescatar cautivos naturales de estos reinos y que fueron cautivos en servicio de Su Majestad”<sup>60</sup>. El Consejo de Órdenes aporta alguna cantidad para ayuda del rescate de los cautivos naturales de los territorios de las Ordenes Militares y, en ocasiones, el monarca también entrega dinero, como sucede en 1583, en que Felipe II ofrece tres mil ducados y otros 1.666 que había dejado la reina Isabel de Valois en su testamento<sup>61</sup>.

Cuando los redentores han concluido todas las gestiones burocráticas y reunido el dinero, invierten una parte en la compra de mercancías para revender en la ciudad corsaria, fletan una embarcación y se ponen en camino hacia Argel. Al llegar al puerto, se trasladan al palacio del gobernador, le informan del dinero y mercancías que llevan, y pagan los derechos de aduana por la entrada del dinero y de las mercancías, que en la redención de 1580 fue a razón del diez por ciento. Acto seguido, piden licencia para iniciar la redención, comenzando por los cautivos de la Regencia, como era costumbre, y siguiendo por los de particulares. La negociación de los rescates no resulta fácil por los altos precios que exigen por los cautivos que creen importantes, como sucede con Cervantes, por el que piden quinientos escudos

---

<sup>59</sup> GARCIA NAVARRO, M., *Redenciones de cautivo en África*, Madrid 1946, pp. 14-17.

<sup>60</sup> AGS, *Comisaría de Cruzada*, leg. 221. Real cédula. El Escorial 31 agosto de 1579.

<sup>61</sup> AHN, *Códices*, 119B.

de oro, y el redentor consigue reunirlos con mucho trabajo para evitar que su amo le lleve a Constantinopla, según consta en el acta de su redención:

En la ciudad de Argel, a diez y nueve del mes de septiembre de mil quinientos ochenta, en presencia de mi, el dicho notario, el redentor Fray Juan Gil rescató a Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, de edad de treinta y un años, hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, vecinos de esta villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivado en la galera Sol, yendo de Nápoles a España, donde estuvo mucho tiempo en servicio de S. M. Perdióse a 26 de septiembre de 1576. Estaba en poder de Azán Bajá, rey; y costó su rescate quinientos escudos de oro en oro. No le quería dar su patrón si no le daban escudos de oro, en oro de España, porque si no le llevaba a Constantinopla. Y así, atento a esta necesidad y que este cristiano no se perdiera en tierra de moros, se buscaron entre mercaderes doscientos veinte escudos, a razón cada uno de ciento veinte y cinco ásperos, porque los demás que fueron doscientos ochenta, había de la limosna de la redención, y los quinientos escudos son y hacen mil trescientas cuarenta doblas, a razón de ciento y cinco ásperos cada escudo<sup>62</sup>.

Es fácil dar cuenta de las redenciones generales que realizan las órdenes de la Merced y la Trinidad en norte de África en el periodo 1575-1630 y dar cifras de los redimidos, pero resulta imposible precisar los muchos rescates particulares que llevan a cabo en este tiempo los religiosos y mercaderes. En el periodo indicado las órdenes redentoras hacen 38 redenciones y rescatan a 5.603 cautivos, que en el 90 por ciento de los casos han pasado menos de diez años en cautiverio. Diecisiete redenciones se dirigen a Argel, donde rescatan a 2.729 cautivos y el resto a Marruecos<sup>63</sup>. Entre estos miles de rescatados se cuentan Miguel de Cervantes y su hermano Rodrigo, cautivos en Argel. Rodrigo es redimido por la Merced y esta misma Orden realiza diligencias y entrega dinero para el rescate de Miguel que, tras diversas contingencias, al fin es liberado en 1580 por una expedición de trinitarios<sup>64</sup>. El número de rescatados en las redenciones generales y la Orden que los redime se indican a continuación.

Lugar	Merced	Trinidad	Total	%
Argel	1.085	1.044	2.729	48,7
Marruecos	2.415	459	2.874	51,3
Total	3.500	2.103	5.603	100,0

<sup>62</sup> *Ibíd.*, 118B, ff. 157v-158r.

<sup>63</sup> Los datos se han tomado de PORRES, B., *Libertad a los cautivos...*, pp. 422 y 537, y DHEE, Suplemento, pp. 630-641.

<sup>64</sup> CORREAS, V., *Miguel de Cervantes Saavedra y fray Gil en Argel. Libres en un mundo esclavo*, Madrid 1974.

El coste de las redenciones está formado por dos conceptos: el precio que se paga por el rescate de los cautivos y los gastos anejos que origina la expedición redentora, tanto en concepto de transporte como de personal, regalos o derechos. En los años 1575-1618 el importe del rescate absorbe el 85 por ciento de los gastos en las redenciones que se hacen en Argel, pero en las que se llevan a cabo en Marruecos supera el noventa. En cambio, el precio medio que se paga por cada cautivo es muy similar, pues suma 1.800 reales en Argel y 2.000 en Marruecos<sup>65</sup>. El precio de cada cautivo es el elemento más importante de esta actividad mercantil y varía según la calidad de la persona y las leyes de la oferta y la demanda. Tirso de Molina, que escribe su obra en los años de 1630, precisa un poco más y dice que un viejo inútil vale dos mil reales; los hombres sin especial categoría valen más; un niño, una doncella o una mujer moza entre cuatro y cinco mil; los religiosos y clérigos pueden pasar de los cinco mil; y en lo más alto de la escala se hallan los caballeros y nobles, que fácilmente cuestan veinte mil reales y pueden subir hasta cuarenta mil. El precio varía también según la zona. Los cautivos valen más en Túnez que en Argel, Tetuán y otras ciudades berberiscas, porque los llevan desde ellas a la Goleta y Túnez para revenderlos a los muchos mercaderes que se dedican a este menester<sup>66</sup>.

Por otra parte, la diversidad de jurisdicciones en el norte de África y la arbitrariedad de sus autoridades ocasiona no solo diferencias de precios sino también la posibilidad de múltiple captura y, por tanto, múltiple rescate. A principios de 1576, cuando los mercedarios se preparan para volver a España con los cautivos rescatados en Argel, el nuevo pachá Hasán, “codicioso, como todos, de hacer de su gobierno granjería y restaurar lo mucho que para conseguirle había gastado, traza cómo, quedándose con los cautivos ya comprados, colorease tan páfida violencia”. Encuentra la excusa en la noticia llegada de Valencia sobre el ajusticiamiento de algunos moriscos, y los redentores y los redimidos tienen que volver a ser rescatados de nuevo. Dos religiosos quedan en Argel, como rehenes, hasta que llega el segundo pago, y el otro vuelve a España con los redimidos para reunir los doce mil ducados fijados por el segundo rescate. Precio mucho más bajo que el pagado en el primero, que había sido muy elevado, “porque los cautivos liberados eran no menos de ciento doce y los tres primeros, que eran un canónigo y dos caballeros de Malta, costaron a cuatro mil ducados”<sup>67</sup>. Para pagar el segundo rescate, el general de la Merced pide ayuda y vende algunas joyas, pero sólo logra reunir seis mil ducados. El resto tiene que pedirlo prestado a los judíos de Argel, por medio de sus corres-

<sup>65</sup> FRIEDMAN, E. G., *Spanish captives...*, p. 126; en cambio MARTINEZ TORRES, J. A., *Prisioneros de infieles...*, p. 144, indica que en el periodo 1575-1630 el precio medio se sitúa en torno a mil quinientos reales.

<sup>66</sup> TÉLLEZ, G., *Historia General...*, II, pp. 16 y 578.

<sup>67</sup> Los cautivos redimidos en esta redención fueron 140 y el coste de la misma ascendió a 21.666 ducados, según se indica en BN, ms. 2963.

ponsales en Valencia, “pagándoles los réditos mientras duró el principal, que fue de otros trece mil ducados”<sup>68</sup>.

Sobre un fondo conflictivo, creado por el prejuicio, la codicia y la incompreensión, el estudio de las redenciones muestra como situaciones coyunturales pueden facilitar o dificultar su realización. El padre Bernal que dirige la redención de 1601 logra la amistad del sultán de Marruecos y esto facilita su gestión, al igual que sucede en 1639 a los padres Molina y Miralles, que cuentan con la ayuda de un influyente morabuto y facilita el rescate de niñas menores de quince años, que parecía imposible por estar prohibido por la ley<sup>69</sup>. Pero, así como las buenas relaciones ayudan al feliz éxito de la redención, la crispación que se produce al decretarse la expulsión de los moriscos la dificulta, hasta el punto que los 130 cautivos redimidos en Argel por los trinitarios en 1609 son reducidos de nuevo a la cautividad y los tres redentores detenidos, muriendo en Argel algunos años después por los trabajos y sufrimientos. En los años siguientes se suspenden las redenciones y hay que esperar a 1618 para que los trinitarios vuelvan de nuevo a Argel y rescaten a 208 cautivos<sup>70</sup>.

Concluida la redención y pagados los derechos al gobernador de la ciudad musulmana, los rescatados se embarcan con los redentores y se hacen a la mar en dirección al puerto español. Al desembarco se celebra una procesión, en la que los cautivos y redentores recorren las calles de la ciudad hasta la catedral o la iglesia de su convento, donde se hace una ceremonia religiosa para dar gracias por la recuperación de la libertad. Los rescatados van vestidos con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; calzones también de lienzo azul, con bonete del mismo color, mostrando la insignia de la Trinidad, si han sido rescatados por la limosna de sus redentores<sup>71</sup>. Así viste Ricaredo en *La española inglesa*, cuando llega a España con el padre redentor y cincuenta cristianos más. “En Valencia hicimos la procesión general, y desde allí cada uno se partió donde más le plugo, con las insignias de la libertad que son estos hábitos”<sup>72</sup>.

Además de la liberación por rescate a cambio de dinero, también se utiliza el sistema de canje o intercambio de esclavos musulmanes por cautivos cristianos, aunque en esta época son todavía pocos los cautivos que recobran la libertad por este medio. El intercambio o rescate son dos vías contractuales a través de las cuales los cautivos pueden recuperar la libertad. Pero algunos no se resignan a aceptar su situación y, privados de toda esperanza, intentan conseguir la libertad por medio de la fuga. Tentativa difícil y arriesgada, que se da lo mismo entre los cautivos cristianos que entre los

<sup>68</sup> TÉLLEZ, G., *Historia General...*, II, pp. 62 y 67. La retención de rehenes hasta la llegada del dinero era práctica corriente.

<sup>69</sup> *Ibíd.*, pp. 604-605. Las autoridades berberiscas no permitían que se redimiera a ninguna niña entre los tres y los quince años.

<sup>70</sup> PORRES, B., *Libertad a los cautivos...*, pp. 340-343.

<sup>71</sup> CERVANTES, M. de, *Don Quijote...*, I, cap. 37.

<sup>72</sup> *Id.*, *La española inglesa...*, p. 64.

esclavos musulmanes, aunque si no tiene éxito termina con duros castigos e incluso con la muerte. La descripción que hace Cervantes en la novela del cautivo o en los *Baños de Argel* parece atemporal, pues se repite con escasas variantes en los años siguientes. Se concertan con un renegado o empresario para que les proporcione una barca, se quedan fuera de la ciudad y, cuando anochece, se juntan los miembros del grupo con el dueño de la barca para emprender la huida.

Con regocijado silencio y alegre diligencia -dice Cervantes- cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo y comenzamos, encomendándonos a Dios de todo corazón, a navegar la vuelta de la isla de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero a causa de soplar un poco de viento tramontana y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fué nos forzoso dejarnos ir tierra a tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel; y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario vienen con mercancías de Tetuán, aunque cada no por sí y todos juntos presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancías, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje<sup>73</sup>.

La huida por mar es la forma preferida y la que ofrece mayores posibilidades de éxito, pues muchos cautivos son hombres de mar, que conocen las rutas y las costas mediterráneas. Los cautivos de Argel se dirigen a las islas Baleares, pues si los vientos son propicios pueden realizar el trayecto en un día. Los proyectos de huida menos afortunados son los que se dejan a la discreción de la buena suerte, mientras que los que se preparan escrupulosamente y con paciencia tienen más posibilidades de éxito, sobre todo si pueden contar con la colaboración de individuos sin escrúpulos, mitad musulmanes y mitad cristianos, que viven en la frontera de las dos civilizaciones.

Muchas fugas se organizan con la intervención de embarcaciones cristianas procedentes de Baleares o Sicilia. En los centros europeos más cercanos a las costas de Berbería hay auténticos empresarios dedicados a facilitar la huida de los cautivos, generalmente antiguos cautivos que conocen bien la zona y tienen embarcaciones ágiles y ligeras para realizar este cometido. Establecido el precio y concluido el acuerdo entre el grupo de cautivos y el empresario, se fija la fecha y el punto de encuentro. Al atardecer del día señalado la embarcación cristiana se acerca sigilosamente a la costa, hace las señales acordadas y envía una barca a la orilla. Por su parte, los cautivos se dirigen de forma separada al lugar del encuentro y, cuando todo está preparado, suben a la barca que los conduce a bordo de la embarcación. Otras veces los cautivos buscan la colaboración de moros y turcos que venden sus servicios como guías para ayudarlos a conseguir la libertad a cambio de dinero<sup>74</sup>.

<sup>73</sup> *Id., Don Quijote...*, I, cap. 42

<sup>74</sup> La industria de estos guías o *metadores* alcanza gran importancia cuando no se permite hacer redenciones. Cfr. Archivo San Carlino, Roma, ms. 423.

Cuando no pueden contar con estos empresarios, buscan la colaboración de renegados que desean reconciliarse y volver a su país, o lo intentan en pequeñas embarcaciones que construyen, adquieren o roban. Para los cautivos embarcados en naves corsarias, ya sea como remeros o marineros, la captura por una embarcación cristiana supone su inmediata liberación.

Los cautivos que escogen la vía terrestre para buscar la libertad tratan de llegar a alguno de los presidios españoles o portugueses del norte de África. Es una tentativa arriesgada y peligrosa que emprenden algunos cautivos desesperados que no ven otra posibilidad de escapar. La mayoría muere en el camino o cae en manos de los moros que los devuelven a sus dueños o se quedan con ellos, sometiéndolos a una esclavitud mucho peor, y algunos dan marcha atrás y se entregan a su dueño, resignados a recibir el castigo.

Para terminar diré que las narraciones desalentadoras que los redentores hacen de las ciudades corsarias y de la vida de los cautivos contrastan con los relatos tentadores que hacen los viajeros y comerciantes de Argel o Túnez. Pero no hay que olvidar que la mayoría de los relatos que han llegado hasta nosotros no tienen la finalidad de contar la realidad sino de conmover. Son escritos de propaganda socio-religiosa, dentro del contexto sacralizado de la época. La necesidad moral de la redención se deriva de que la cautividad del cuerpo supone un riesgo para el alma, pues la fe se desarrolla en un ámbito social y el trato de los cautivos con los infieles la pone en peligro. La estética de la contrarreforma de azotes y sangre aparece reflejada en la vida de los cautivos y de los redentores. Los jenízaros matan cautivos simplemente por tener menos contrarios y se prefiere ver a los hijos muertos antes que cautivos. Se insiste en la verosimilitud de lo narrado, pintando al vivo la dura vida de los cautivos para incrementar el realismo, al igual que son frecuentes los personajes del teatro y la novela que se presentan como cautivos y cuentan su vida de cautiverio<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> CERVANTES, M. de, *Los baños de Argel*, ed. de J. Canavaggio, Madrid, Taurus, 1992, p. 245; y *Don Quijote...*, I, cap. 40.